

SEGUNDA EDICIÓN


LLAMARADA
VERDE



UMINISCENCIA

MELISSA SAUMA

LUMINISCENCIA

Melissa Sauma



A mi madre,
dadora de luz.

I

Si algo de lo que soy está en lo que escribo
escribo para vencer el miedo
el miedo a no encontrar nada nuevo en lo que he escrito.

Nacer

Nacer es un acto de fe
muda semilla viajando hacia el alba
destello verde que eleva los brazos
pálidos pies horadando la tierra
húmedo brote presagio de árbol

nacer es un acto
silencioso
de fe.

Cíclica

He sido tantas veces la misma
que hoy quiero ser otra
desvestirme de mí,
despojarme
de todos los adjetivos
que en mi nombre se alzaron,
vaciarne de todos los nombres
que sobre mí han caído,
los que me dijeron
y los que me dije.

Quiero olvidar
las palabras que escribí
las ciudades que amé
los rostros de las despedidas.
Alejarme despacio de esa casa
y caminar tanto, tanto
que ya no recuerde
la calle, el número, los árboles del patio.

Y es que he sido la misma tantas veces
que hoy quiero ser otra
o tantas otras como pueda ser.
Tantas veces que pueda
finalmente
ser la misma.

Augurio del viento

Pedí viento para mis alas
y el viento vino
como tormenta desatada en el fondo de los mares,
como un grito de montaña
que arrancó a dos manos mis pies de la tierra
y me elevó por los aires girando en círculos

Ya no pido vientos ni tormentas

El viento es existencia continua

Pido firmeza
para aferrarme a la tierra
silencio
para escuchar el anuncio del viento
audacia
para saltar en el momento preciso
y el recuerdo de mis alas
para extenderlas
en el vacío.

Hoy

Camino descalza y en mis huellas siembro el fuego.

He viajado tanto en busca de la luz
que finalmente he descubierto
que todo viaje es luz
y hay en cada palabra un viaje nuevo.

He vuelto a habitarme.

Soy.

INTERLUDIO

De todas las que he sido
hoy elijo ser la que espera.

Interludio

Creemos con cada mirada cada palabra cada abrazo
creemos en la duda y en la desesperanza
en la algarabía y en la dicha también se crece
y en el miedo y en el horror y en el llanto.

Nos crecen los cabellos y las pestañas
en la noche mientras dormimos,
y al levantarnos y sabernos vivos
sin saber hemos crecido
un paso hacia la última parada.

Creemos en soledad y en compañía
–y también,
y no es lo mismo–
creemos solos y acompañados.

Creemos en el encuentro y en la distancia
en el asombro y el espanto
en el trayecto y en la estancia
en la risa y el desamparo

y la nostalgia nos crece una sombra azul bajo los ojos
y a veces el amor, y a veces el olvido, nos crecen alas

y en este crecer sostenido decrecemos sin pausa
tal así que en cada alumbramiento morimos
y en cada duelo
 se nace.

Viendo llover

He sabido de la paciencia del agua
que talla gota a gota el cuenco en la piedra.

He esperado tantas horas
 -la cabeza apoyada en las rodillas
 el cuerpo hecho un recinto
 los ojos en silencio-
la palabra
 -basta una, a veces-
que revele la profundidad de lo vivido.

Y he sabido también de la paciencia de la piedra
que tantas veces presintió sobre su espalda el golpe de la gota.

Aún espero.

Reminiscencia

Exploro antiguas aguas
busco el primer fuego.

La infancia,
esa casa poblada de fantasmas;
el patio de mi abuela,
la tierra, los árboles de los que estoy hecha.

La guayaba que se estrella contra un mosaico rojo a media tarde,
las tardes en que observé pasar la vida desde una vereda.

Y me engaño creyendo que mis manos se hicieron para narrar el mundo.

Escribo, es cierto,
hay tanto que quiero nombrar y que no puedo;
tanta vida escurriéndose en mis manos,
tanta sombra ondeando mis cabellos,
tantas palabras suspendidas en el aire
 –minúsculas partículas de polvo
 iluminadas por la luz de una ventana–
que debo sacudirme de ellas
como quien se sacude de la piel la última capa.

Y miento
si digo que es la piedra, la montaña, el mar, el río,

los pájaros alzando vuelo, las esquinas de una casa,
el rostro de mi abuela, sus múltiples fantasmas
los que hoy
me piden ser contados.

Hay tanto que quiero nombrar y que no puedo.

Escribo, es cierto.
Del otro lado está la muerte
levitando.

II

Para vencer la muerte
y tener la última palabra.

Para eso escribo.

Ígnea

Forjar la palabra
allí donde se forja
todo aquello que un día fuera nuevo
en el centro mismo de la tierra,
el corazón dormido de la piedra,
el fuego líquido dentro de los huesos.

Lavarla como piedra en el río,
dejar que el agua escurra por su rostro,
que caigan una a una las verdades,
que olvide lo que un día le dijimos que era.

Y en el viento
ya liviana, ya nueva
como una hoja del otoño,
como la chispa de una hoguera
dejar que retorne
nuevamente
a la tierra.

Crepitar

Soy yo
a quien ahora escuchas en silencio
soy el pulso de la vida
la vida
el fuego.

Quien te espera a lo largo del camino
también un camino si decides recorrerme
el principio y el final de los tiempos,
origen y destino.

Soplo eterno de luz
que navega entre tus manos
y pretendes capturar cuando las cierras
 –vano intento
 siempre egoísta
 de conservar lo efímero.

Soy tu propia luz
el fuego primitivo
la expansión de la materia
danza
de dos astros que se encuentran
una lluvia celeste
el color de la piel y de la tierra

el calor que trasforma
y purifica
un bosque que se incendia

una hoguera
y su ceniza.

Coda

Morir gozosamente
morir cada día
renunciando a ser
la muerte que ayer fuimos.



LUMINISCENCIA

Obra ganadora del VIII Premio Nacional Escritores Noveles en Poesía 2017

Santa Cruz - Bolivia

Los versos de Melissa Sauma vienen de remotos tiempos y espacios, es decir de Al-Qamiya, donde según nuestros abuelos, los hombres de aquellos días luminosos soñaban con transmutar la tierra en oro. *Luminiscencia* de Sauma es un tratado de otro tipo de transmutación; con un lenguaje llano busca como Emily Dickinson una palabra que lo diga todo y celebratoriamente llega a un cielo superior, ese cielo soñado por nuestro poeta Roberto Echazú: una palabra que se transmute en un cristalino silencio.

Gustavo Cárdenas Ayad

